

## VIEJAS POSTALES ANDANTES

Por Federico Villoch.

La calle del Aguila.—El Castillo de San José. Los soldados de Pavia.—El buen diente.—Homero.—El ministro chino.—Una leyenda china.—Raul Cay.—La calle de la Zanja.—Chan, Bon, Bian.—El piñal del godo.—Rojo, azul y carmelita.—La «Nautilus».—La calle de los huevos.—Zerep.—El doctor Ramón Grau San Martín.—Ictiricia nacional.

**C**ON frecuencia nos tropezamos en el tranvía, en el ómnibus, en la calle, en el paseo, a la salida del teatro o del cine, con un señor ya entrado en años que se nos acerca afectuoso para decirnos:

—En esa postal que usted publica hoy sobre tal calle, acerca de tal sitio, referente a cierto acontecimiento, se le olvidaron a usted algunos detalles sin importancia, que yo quisiera recordarle. Mire usted: en ésa de las «esquinas» no cita usted la de Aguila y San José, en la que había una célebre bodega llamada «El Castillo de San José», punto de cita y reunión de los maleantes de aquel barrio, en cuya calle de Barcelona, allí a la vuelta, existía una Comisaría a cargo del inspector señor Aranguiz, a quien los ñáñigos y rateros del lugar temían como al mismísimo demonio; y uno de cuyos familiares cercanos se suicidó, o intentó suicidarse, abriéndose el vientre con una navaja al estilo de los samurays japoneses.

En esa cuadra de Aguila, entre San José y Barcelona, había muchas cosas que recordar: una Casa de Socorro, a donde a cada rato eran llevados para curarlos, los ñáñigos que resultaban heridos en sus continuas pendencias, de cuya Casa de Socorro era el médico principal el doctor Zúñiga; había, además, la célebre tornería de don Antonio Pardo, padre de Vicente y Antonio Pardo Suárez, ambos citados con honor en la prensa y la política habanera contemporánea. En esta tornería le daba vueltas a la rueda catalina que movía la maquinaria de la casa, un negro ciego llamado Alejandro, tocador de guitarra, acompañado de la cual, y de algunos vasos de «caña» que ingería en la citada bodega del «Castillo», le hacía la competencia al vate callejero Ibrilio, poniendo en décimas los refranes, cuentos, sucedidos y dichos del día. Alejandro era ciego, como Homero, y, como él, refería y cantaba en versos el sitio de «Troya», el valor de Aquiles, la belleza de Elena, o sea, las peleas del Ecoriofó-Muñanga, con sus cabildos rivales; la valentía y majeza de Fico Paz, Eulogio Ricón, Sotolongo y otros guapos célebres, y la sandunga criolla de «Mercé», Micaela y demás «helénicas» del barrio...

—Muchos pequeños detalles—dice la postal andante—de esos que se califican de insignificantes, y son, por el contrario, los más significativos de todos, podría citarle a usted; pero voy a traer a cuento nada más que algunos, para no hacer

interminable esta charla callejera y robarle a usted y a sus lectores el menor tiempo posible. Por ejemplo, ¿se acuerda usted de aquellas frituras de bacalao que se vendían en las bodegas?

Mirada de asombro nuestra, acompañada de una benévola sonrisa, a la invocación del recuerdo.

—En esta bodega del Castillo de San José—prosigue la postal andante—como en casi todas las del barrio, era costumbre por aquella fecha ven-

der, expuestas al público en unas grandes fuentes de loza basta orillas de azul, aquellas frituras a las que se les llamaba «soldados de Pavia», por su envoltura amarilla, semejante a los uniformes que «in illo tempore» usaban ciertos soldados del ejército español, lograda aquélla en una masa de harina de Castilla, aceite de oliva, no siempre en las mejores condiciones, y cargada dosis de azafrán, clavos de comer, pimienta, anís, orégano y otras especies. Se detallaban a medio, cinco centavos billete, equivalentes a dos quilos de hoy, cada una—difícil era decir qué tenía más grasa, si la fritura o el billetico de a medio—, y constituían, por lo general, el almuerzo de los carretoneros, cocheros de «arrastrapanzas» y vagos callejeros, de los que se pasaban el día de codos sobre el mostrador de las bodegas, siendo también el bocado de ayuda de las clases pobres. Las de la bodega del «Castillo de San José» tenían fama por los buenos ingredientes que se empleaban para hacerlas; pero había otras realizadas con harina y bacalao de mala clase, que sólo podía aceptarlas un buen apetito, azuzado por una obligada y sostenida abstinencia. Más adelante las suplantaron las «fritangas» de los puestos de chinos, que empezaron a prodigarse por los barrios, entre las que ellas también formaban parte, llamándose entonces «cajitas premiadas»; pero es fama que nunca pudieron las de los «celestiales» superar, ni con mucho, a las que hacía «el catalán de la esquina», como entonces se les llamaba a los bodegueros, de cualquier región de España a que perteneciesen.

La «vieja postal andante», recordando aquellas «tortillas de bacalao», se relame gustosa; y las consagra «hocato di cardinali», sin caer en la cuenta de que el apetito de aquellos juveniles años era lo que nos hacía devorar, con igual deleite, si llegase el caso, hasta una tortilla de chinas pelonas. «A buen diente»...

En la otra esquina de San José, diagonal a la bodega del «Castillo», existió por años, acaso por siglos, una vieja descascarada casucha de mampostería, agujereada como el cascarón de una muela vieja, donde por mucho tiempo hubo lecherías, carnicerías, carpinterías, tiendas de polacos, rastro, vendutas de todas clases, y que hoy han echado abajo para levantar un edificio moderno: han empastado la muela vieja, y ahora el amo comerá mejor.

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

reservados; las alegres noches de su café, cuando las amenizaba el maestro Romeu—el Bizco de «La Diana»—tocando al piano criollísimos danzones de su invención, y de Peñita, y de Torroella, y de Marianito. Nadie ha tocado jamás los danzones como «el Bizco de La Diana.»

Casi esquina a Monte—continúa la postal—la sombrerería «La Ceiba», aún existente, y una de las más populares y antiguos de la Habana; en los alrededores de la Calzada de Vives, las cuevas del ñañiguismo, eterna preocupación del Jefe de Orden Pública, coronel Elías, y de los celadores a sus órdenes, Sabatés, Miró, Quiñones, Prats y otros; y sede de los solares en que se organizaban las comparsas carnalescas del «Alacrán», la «Culebra», etc. y de donde partían para reunirse en Aguila y Bernal con las de «Los Hijos de Quirina», «Los Guajiros» y otras.

En la cuadra de Aguila, antes de llegar a San Rafael, existía al lado la casa en que hoy se halla establecida la tienda «Fin de Siglo», por el fondo, una de las fábricas de cigarros más antiguas de la Habana, propiedad de don José María Rencurrel, quien tenía registradas tres marcas con los nombres de «Andrea», «Astrea» y «Galatea», que elaboraban sus productos con la mejor picadura de tabaco cosechado en el «Hato de San Luis», de Vuelta Abajo, del que era propietario dicho señor Rencurrel, con destino a los puertos de Venezuela, Honduras, Costa Rica y demás repúblicas de Centro y Sud América. Se leían en sus barriles de cigarros—unos barriles muy limpios y correctamente contruidos—escritos los nombres de Guayaquil, Quito, Payta, Callao y otros puertos, que despertaban en los transeúntes la idea de unos lejanos y exóticos países de gauchos y pamperos...

En la esquina de San Rafael e Industria, en la gran casa palacio de Ariosa, la número 125, se instaló el primer Consulado chino que se estableció en la Habana, en tiempos de España, el año 1878. El Cónsul, el secretario y demás altos empleados eran todas personas cultas, y de elegante y agradable presencia, educados casi todos en las más renombradas universidades europeas. La

En la primera manzana de la calle de la Mu-

que casi le debo la vida.  
de tal manera con mi enfermedad, que a fuer-  
te, aquel, aparentemente humilde médico, acertó  
a la citada plaza. Habiéndome presentado un  
con una enorme puerta que aún sigue mirando  
leta de El Cristo, en una casona de tipo colonial,  
médico tenía su gabinete de consulta en la plaza-  
darne una tarjeta de recomendación. El sororno  
tor Cau San Martín, para quien aquel hubo de  
Don Manuel San Martín era tío carnal del doc.

de una preciosa mina de quince años que era el  
encanto de los alrededores. Este café miraba, por  
la calle de Muralla, al almacén de tejidos pro-  
piedad de don Manuel San Martín, transformada  
sas de modas, a excepción de la farmacia de La-  
rrazabal, que aún perdura.

gran número de casas. En pequeños botiquines se ofrecían pócimas, emplastos, ungüentos de la farmacia china, y sobre todo aquellos pomitos con una esencia china especial que se untaba en las sienes, para los dolores de cabeza, viéndose sentados ante aquellos escaparaticos, en derrengadas banquetas de lona, algunos chinos a quienes el farmacéutico y sus ayudantes urgaban en los oídos con unos largos palillos, limpiádoles el cerumen, operación que ellos soportaban con la mayor quietud y más visible complacencia. Como el piso de la calle era de tierra muerta y se barria pocas veces—o nunca—abundaban a todo lo largo de ella el lodo y los lagunatos de agua estancada y maloliente. Con frecuencia los salvaguardias y las parejas de Orden Público sorprendían y se llevaban presos a los jugadores de «monte», la charada china y otros juegos prohibidos. Un teatro chino que se hallaba entonces—el de Shanghai vino mucho después—en un destartado caserón en la esquina de San Nicolás, acababa de imprimirle al cuadro su propio color y ambiente, con el escándalo de su disonante musicanga. Los trenes de Villanueva, de mercancías y pasajeros, pasaban entonces a todo lo largo por aquella calle, hasta la Estación frente al Campo de Marte, y aunque iban precedidos de un hombre a caballo, para evitar los accidentes, éstos ocurrían, sin embargo, algunas veces, quedando un «celestial» destrozado bajo las ruedas del convoy, sobre todo si éste tropezaba con alguno entontecido por el opio.

La implantación del Consulado Chino en la Habana levantó en mucho el concepto de aquella colonia, siempre una de las más sobrias, tranquilas y trabajadoras de Cuba. Entonces había un gran número de asiáticos trabajando en los ferrocarriles de rentranqueros, fogoneros, guarda-agujas y pintores. Después se distinguieron como muy inteligentes en los ingenios, donde en algunos se les prefería por su resistencia para el manejo de las centrifugas. Era frecuente encontrar chinos que al hablar no se entendieran unos con otros, por su diferencia de lenguajes, a causa de pertenecer a regiones que, en la inmensidad de su nativo territorio, estaban separadas por cientos de leguas: los chinos más vulgarizados en Cuba eran oriundos de Cantón, Macao, Fu-Chen, Chan-Tung, Kiau-Su y otros puertos de los mares meridional, oriental y Amarillo de la China.

En la revolución del 95. los chinos prestaron en gran número su aporte a la causa de Cuba libre. No pocos de ellos alcanzaron altas graduaciones en la manigua; y algunos fueron hombres de confianza del «Chino Viejo». Reinaba entonces en la Gran China la antigua dinastía Imperial Manchú Ta-Tsing, que venía desde el año 1644, y los chinos de América daban rienda a su anhelo de libertad, sirviendo la causa de Cuba libre.

De uno de aquellos chinos libertadores se contaba al finalizar la guerra del 95 una graciosa anécdota que se hizo popular. Habiéndose encontrado en el monte dicho asiático con varios soldados de una columna española que prestaba servicio, éstos le dieron el «Alto» quien el chino mal trajeado, y creyendo de un grupo de libertadores, se

reservados; las alegres noches de su café, cuando las amenizaba el maestro Romeu—el Bizco de «La Diana»—tocando al piano criollísimos danzones de su invención, y de Peñaíta, y de Torroella, y de Marianito. Nadie ha tocado jamás los danzones como «el Bizco de La Diana.»

Casi esquina a Monte—continúa la postal—la sombrerería «La Ceiba», aún existente, y una de las más populares y antiguos de la Habana; en los alrededores de la Calzada de Vives, las cuevas del ñañiguismo, eterna preocupación del Jefe de Orden Pública, coronel Elías, y de los celadores a sus órdenes, Sabatés, Miró, Quiñones, Prats y otros; y sede de los solares en que se organizaban las comparsas carnavalescas del «Alacrán», la «Culebra», etc. y de donde partían para reunirse en Aguila y Bernal con las de «Los Hijos de Quirina», «Los Guajiros» y otras.

En la cuadra de Aguila, antes de llegar a San Rafael, existía al lado la casa en que hoy se halla establecida la tienda «Fin de Siglo», por el fondo, una de las fábricas de cigarros más antiguas de la Habana, propiedad de don José María Rencurrel, quien tenía registradas tres marcas con los nombres de «Andrea», «Astrea» y «Galatea», que elaboraban sus productos con la mejor picadura de tabaco cosechado en el «Hato de San Luis», de Vuelta Abajo, del que era propietario dicho señor Rencurrel, con destino a los puertos de Venezuela, Honduras, Costa Rica y demás repúblicas de Centro y Sud América. Se leían en sus barriles de cigarros—unos barriles muy limpios y correctamente contruidos—escritos los nombres de Guayaquil, Quito, Payta, Callao y otros puertos, que despertaban en los transeúntes la idea de unos lejanos y exóticos países de gauchos y pamperos...

En la esquina de San Rafael e Industria, en la gran casa palacio de Ariosa, la número 125, se instaló el primer Consulado chino que se estableció en la Habana, en tiempos de España, el año 1878. El Cónsul, el secretario y demás altos empleados eran todas personas cultas, y de elegante y agradable presencia, educados casi todos en las más renombradas universidades europeas. La alta empleomanía hablaba el inglés, el francés y el alemán, y muchos aprendieron aquí el español, pronunciándolo correctamente. Asistían, invitados, a todas las fiestas y recepciones de las principales sociedades de recreo: el Ateneo, la Caridad del Cerro, el Pilar, el Casino Español, y sus figuras esbeltas y gallardas, que hacían resaltar sus ricos vestidos de brillante seda, contrastaban con la enclenque, tuberculosa y mal trajeada de los chinos de la calle de la Zanja, y los únicos que habíamos conocido hasta entonces.

A poco de inaugurarse el Consulado en la dicha casa de Ariosa se dió un baile que se llamó «Baile Blanco», al que asistió lo mejor de nuestra sociedad y el cuerpo diplomático en pleno, no faltando, por desgracia, un pequeño grupo de jóvenes alocados que hicieron de las suyas. El Cónsul se llamaba Li-Lian-Yuan. Era la época de las piezas de cuadro, lanceros, cuadrillas, rigodón, vals de Strauss—las muláticas decían «val de estrado»—la polca, la mazurca y la clásica danza criolla; menos ésta, todas las demás piezas las ballaban los «celestiales» con la mayor fineza y elegancia. Eran gentes que siempre se estaban sonriendo, y enseñando su blanca y firme dentadura y echándose continuamente fresco con sus diminutos abanicos de negro y fino varillaje.

Con respecto a aquel incesante abanicarse, uno de los secretarios del Consulado, joven él, a lo mejor un filósofo o un poeta, cierta noche de baile en el Casino Español, que se hallaba entonces en la parte del actual Centro Asturiano que da para la calle de Monserrate, entre un grupo de ilustradas y distinguidas señoritas, relataba, en un purp y selecto francés de academia, la siguiente e interesante leyenda china, que todas escuchaban con la más firme atención: «Cierta filósofo—decía—se paseaba por un cementerio, mirando con la más profunda tristeza tanto montoncito de tierra seca, cada uno de los cuales indicaba el sitio de una sepultura. De repente vió una mujer cuya palidez excedía a la blancura de su vestido, arrodillada junto a un montón de tierra húmeda,



que aquella abanicaba con suma tristeza. —¿Es tu padre a quien lloras?—la preguntó afectuosamente el filósofo. —Es mi marido—respondió ella.— Pero ¿por qué abanicas de ese modo la sepultura? ¡Bhuda no te devolverá por eso a tu esposo!—¡Ah! —replicó la joven—es que yo le juré, en sus últimos instantes a mi esposo, no volverme a casar, hasta que la tierra que cubre sus restos estuviese completamente seca... y vengo todos los días a hacer aire sobre su tumba, para que la humedad desaparezca más pronto».

Un coro de alegres y juveniles carcajadas premió la interesante relación del joven miembro del Consulado del Celeste Imperio.

Los descoloridos de entonces recuerdan aquel baile como uno de los más suntuosos que se han dado en la Habana. Tres orquestas tocaron en él: la de Valenzuela, en el primer piso del Palacio; la de Félix Cruz, en el segundo, y la Banda de la Marina de Guerra Española, que dirigía el comandante Gil, en el patio. Se abrió una puerta en el primer piso, para comunicarlo con el de la casa contigua de San Rafael, a fin de que tuviese amplia cabida el crecido número de invitados que iba a concurrir a la fiesta. Los salones aparecían profusamente iluminados con farolillos chinoscos, entre los que se balanceaban a impulsos del aire, multitud de ligeras cortinas formadas por canutillos de cristal de colores, lo que producía un efecto verdaderamente fantástico.

En el ángulo del balcón se instaló un foco eléctrico giratorio, de los primeros que se vieron en la Habana, y que alternativamente iluminaba la calle de San Rafael y la de Industria. Se sirvió un abundante y variado buffet en el que figuraban vinos, conservas y delicados dulces de la repostería y la cocina chinesca.

Durante mucho tiempo fué asesor del Consulado Mr. Richar I. Cay, súbdito inglés, alto y bien plantado, de profusa barba rubia, padre de Raúl, el conocido cronista y clubman habanero, que heredó el cargo a la muerte de su padre. Raúl Cay era uno de los concurrentes más asiduos y simpáticos de la Acera del Louvre. Por lo general, vestía de blanco, lo que hacía resaltar sobremodera el color rojo encendido de su tez. Tenía una imaginación para inventar «fantasías», que sobrepasaba a la del poeta inglés Rudyard Kipling, por lo que muchos de sus amigos lo consideraban como un genial mentiroso. De sus antepasados escoceses contaba novelas que dejaban detrás a las de Walter Scott. Cuando se ponía a detallar «comidas chinas», a muchas de las que, decía, había asistido recientemente, inventaba los platos más imposibles y repulsivos, aun siéndolo ya bastante algunos de los popularmente conocidos: pechugas de águilas, hígados de cóndores, ensalada de nenúfares, etc. etc. Además inventaba máximas y leyes de Confucio, en las que el filósofo chino jamás había pensado. Raúl tenía tres debilidades: Maupa-

ssant, el buen wiskey y los salones elegantes. De éstos era, en el «Figaro», uno de sus más amenos cronistas, en cuyo semanario contaba con el aprecio y la íntima amistad de todos los redactores. La corección inglesa la llevaba hasta lo sumo: todo un gentleman, en todos los órdenes. María, su hermana mayor, estaba casada con el general Lachombra, del Ejército Español.

La calle de la Zanja de entonces, sobre todo el tramo comprendido entre las Calzadas de Galiano y Belascoain, era la exacta reproducción de una aldea china, con todas sus miserias, suciedades y detalles típicos, en la que se veían a derecha e izquierda, vendutas al aire libre, de aletas de liburón, peces raros, extrañas hortalizas, tripas de cerdos y otros nauseabundos alimentos. Los fumadores de opio abundaban a cientos, saturando el ambiente de sus acres y enervantes emanaciones, y atrayendo en no escaso número a los infelices que ya empezaban a rendirle homenaje a la droga. Por húmedos, oscuros y misteriosos pasillos, que conducían a lóbregos albergues, entraban y salían cientos y miles de chinos que allí vivían en el más horrible hacinamiento y en la promiscuidad más repugnante. La tisis aleteaba en aquel enrarecido ambiente. Frecuentemente, la policía hacía una «razia» en estos fumadores, y se llevaban detenidas a muchas personas, que no eran chinas precisamente.

Bajo tiendecillas de sucias lonas, mugrientos trapajos y roidas esterillas, operaban los barberos—entonces aún usaban la larga trenza característica de su raza—los dentistas y los médicos. Discípulos éstos de aquel médico chino Chan-Bon-Bian, que tan célebre y popular se hizo en Cuba. Se le sacó a Chan-Bon-Bian más de una rumbita popular, y se puso de moda aquella frase que se aplicaba a los desahuciados en todos los órdenes: de un hombre imposible, se decía: «Es un Chan-Bon-Bian en el médico chino». De la Colonia y sus cosas: Esto no lo salva ni el médico chino. Una de las rumbitas decía:

¿Qué tiene la niña?  
Sarampión.  
¿Con qué se le quita?  
con chicharrón.  
¿Que la niña  
que se enfermó;  
que Chan Bon Bian  
que la curó!  
¿Qué tiene la niña?  
Que mal de amor  
¿Con qué se le cura?  
con cundiamor.  
¿Que la niña  
que se enfermó;  
que Chan Bon Bian  
que la curó!

Las frituritas de chicharrones y bollos ocupaban